

los estudiosos de las cartas paulinas –lógicamente también para teólogos e historiadores–, tanto por su antigüedad como por las luces que aportan, y que, por tanto, son especialmente bienvenidos por los lectores

de lengua castellana, en espera de que se complete la publicación con los comentarios que faltan.

Juan Luis CABALLERO  
Universidad de Navarra

---

## Marie-Françoise BASLEZ

*Les premiers bâtisseurs de l'Église. Correspondances épiscopales (I<sup>er</sup>-III<sup>es</sup> siècles)*

Fayard, Paris 2016, 304 pp.

Verdaderamente los Padres de la Iglesia pueden ser llamados con razón sus primeros «constructores». Así los definía san Juan Pablo II en la Carta Apostólica *Patres Ecclesiae*: «ya que por ellos –sobre el único fundamento puesto por los Apóstoles, es decir, sobre Cristo– fue edificada la Iglesia de Dios en sus estructuras primordiales». A ellos se remonta el canon de las Escrituras, que fijaron como «regla de fe». La Iglesia de los Padres fue el tiempo en que se plasmaron los primeros símbolos de fe, en los cuales se trató de resumir el núcleo del mensaje cristiano, las verdades de fe que debían ser confesadas y creídas, y por ello se les puede considerar con toda razón como «padres» en la fe; y ellos crearon las formas esenciales de la liturgia cristiana. De una actividad pastoral ingente que contribuyó a la cristianización del mundo antiguo, se puede advertir todo su valor analizando la correspondencia epistolar de estos autores, obispos en su mayor parte, que ha llegado hasta nosotros, especialmente en el periodo que abarca los siglos II y III. En el estudio de estas cartas episcopales se centra la presente investigación de la Prof<sup>a</sup>. Baslez, profesora emérita de la Universidad de la Sorbona de París y especialista en el cristianismo primitivo.

Los tres primeros siglos de la historia de la Iglesia estuvieron marcados por la tensión entre la necesaria gestión de la vida cotidiana de las comunidades (organización, celebración del culto, transmisión de la Palabra) y sus expectativas escatológicas. Junto a las persecuciones sistemáticas y a divergencias doctrinales, se asiste también a la aparición de conflictos internos que cuestionan la autoridad, bien entre los obispos o de los obispos en el seno de sus propias comunidades. En ese contexto, las cartas episcopales y sinodales constituyen una gran fuente documental para conocer esa historia interna y externa de la Iglesia. Esas cartas permitieron forjar en buena medida la comunión eclesial, a pesar de los obstáculos de las distancias geográficas y las particularidades locales de cada iglesia. A través de ese medio de comunicación se permitía otorgar a las iglesias una unidad, que a su vez admitía y preservaba la diversidad. En ellas los obispos, figuras centrales en cada iglesia, no desarrollan textos programáticos, sino que se enfrentan a situaciones y conflictos, de gran magnitud o minucias, tratándolos de resolver con el recurso constante a la Sagrada Escritura, hasta el punto que en ocasiones esas cartas son un florilegio de citas, tendentes a

establecer un consenso doctrinal. Otras veces se abordan cuestiones muy prácticas de la vida interna de las comunidades. Las escribían para informarse mutuamente de acontecimientos eclesiales, compartir sus experiencias, sus preocupaciones o dificultades, o reforzar aspectos esenciales de su ministerio pastoral, como el cumplimiento de la disciplina y la autoridad frente a los predicadores carismáticos.

Los obispos de los tres primeros siglos fueron sin duda unos grandes comunicadores, que impulsaron el género epistolar y lo diversificaron. No podemos perder de vista que las cartas fueron el primer medio de comunicación en la edad antigua y el primer vehículo de transmisión de la autoridad, también en el ámbito político del Imperio. Las cartas «circulares» se multiplicaron en la Iglesia después de la edad apostólica. En el siglo II aparecieron las cartas «católicas», que abordaban cuestiones que afectaban a toda la Iglesia; las cartas de «comunión», que atestiguaban la legitimidad de un obispo, como un sistema de certificación recíproca: comu-

nicación de una elección episcopal y testimonio de comunión con el elegido; cartas de «excomunicación», en las que se comunicaba o informaba de la expulsión de algún miembro de la comunidad. En el siglo III encontramos las cartas «festales», propias de Egipto, que crean todo un ritual de correspondencia recíproca entre los obispos. Finalmente, también están las cartas «sिनodales», en las que se abordan cuestiones doctrinales y disciplinares, testimoniando un progresivo reforzamiento de la unidad de las iglesias locales.

En definitiva, estamos ante un buen estudio de este género comunicativo tan empleado por los pastores de los primeros siglos, que al margen de la espléndida información de primera mano que aporta sobre la vida de la Iglesia, constituyó un verdadero medio de «construcción» de la misma unidad eclesial, del edificio gigantesco de la Iglesia Católica, en cuanto que creaban comunión por medio de la comunicación.

Juan Antonio GIL-TAMAYO  
Universidad de Navarra

---

## Peter BROWN

*The Ransom of the Soul. Afterlife and Wealth in Early Western Christianity*

Harvard University Press, Cambridge (Massachusetts) – London 2015, 288 pp.

Peter Brown, profesor emérito de historia en la Universidad de Princeton, es conocido por obras como *The Body and Society* (1988) y *Through the Eye of a Needle* (2012) en las que, con un acercamiento interdisciplinar, analiza aspectos claves de la historia del cristianismo. La presente obra –esencialmente fruto de tres conferencias que impartió en 2012, en el Institut für die Wissenschaften vom Menschen (Vie-

na)– tiene la misma impronta. Estudia el desarrollo de la concepción cristiana de las relaciones entre vivos y difuntos, en el cambiante contexto histórico, social y económico de los siglos III al VII. Su mirada está restringida al cristianismo occidental que transita desde el mundo antiguo al medieval.

Brown estudia primero (en el capítulo introductorio) las concepciones escato-